

Con fidelidad se ha captado la imagen de Jules Renard. Le ha sido suficiente transcribir sus propias palabras: "El oficio de un escritor es aprender a escribir. Trabajar como un esclavo y dejar hacer a los dioses. En literatura sólo hay bueyes. Los genios son los más grandes, los que yugan diez y ocho horas por días, de una manera infatigable. La gloria es un constante esfuerzo".

*El libro en la mano* es una obra de poeta y de crítico que sabe moverse entre aproximaciones luminosas.—*Vicente Mengod*.

<https://doi.org/10.29393/At360-238BEVM10238>

"BREVE ESTUDIO SOBRE EL TEATRO FRANCÉS CONTEMPORÁNEO", de *Francisco Walker Linares*. Editorial del Pacífico. Santiago

Los fenómenos estéticos están ligados a determinadas circunstancias. Sólo pueden ser explicados racionalmente cuando se conocen las fases y la eclosión de ese conjunto de vivencias y de hechos concretos que han orientado la sensibilidad. Conocimiento que supone un rigor cartesiano, un espíritu acucioso y una habilidad de síntesis. Su consecuencia será la unificación de los elementos dispersos.

El escritor Walker Linares es un profesor universitario. Escribe con sencillez, ajustado a las inflexibles normas de la perfección. Sus afirmaciones, fundamentadas en los textos que analiza, carecen de dogmatismo. Son más bien un cúmulo de apreciaciones emotivas, algo así como la proyección literaria de su postura vital. Cabe, entonces, aceptar sus juicios, rechazarlos de acuerdo con la cifra sensible del lector. He ahí el innegable valor de una obra que, sin ser polémica, invita a prolongar su resonancia cultural.

En la introducción a este *Breve estudio sobre el teatro francés contemporáneo* se dedica el plan de la obra.

Desde las primeras páginas se analizan las características que imprimen una fisonomía propia al teatro francés contemporáneo. El año 1914 está señalado como una fecha decisiva por sus consecuencias en los destinos de la humanidad y en sus motivaciones estéticas.

La línea parabólica de la producción teatral se extiende hasta nuestros días, tan llenos de inquietud y de sombrías esperanzas, de tristeza colectiva que obliga a los hombres a la introversión.

Walker Linares ha pensado la articulación de su obra. Los autores estudiados se suceden en un orden que bien podría decirse cronológico. Las acotaciones quedan prendidas al exponer el argumento de comedias y dramas, al relacionar sus posibles vinculaciones con el pensamiento filosófico, social y religioso de autores y público. En este momento, la captación sensible y el rigor crítico pueden ser enjuiciados.

Veamos uno de los capítulos más interesantes. Se titula: "El teatro francés a partir de la última guerra".

El autor, ahora sin asideros críticos ya establecidos, abandona su papel de historiador para convertirse en público que admira y analiza.

En la última postguerra no cabe señalar, hasta ahora, una renovación del arte dramático, análoga a la producida antes por el movimiento vanguardista, que fuera iniciado por Copeau. Sin embargo, el teatro actual está en la brecha de las preocupaciones de la época. Los dramaturgos analizan los problemas más angustiosos. De ahí que sus obras más valiosas tengan una orientación sombría y pesimista. Su técnica es atrevida, llena de sugerencias, buscando una integración armónica de la pieza, de la dirección escénica y de la interpretación. Con razón se ha dicho que todavía perdura la huella de los grandes directores, tales como Lugné Poe, Baty y Dullin.

El autor destaca la obra y los nombres de los principales dramaturgos. Al exponer el contenido de sus creaciones, se dedica a historiar, de una manera indirecta, la evolución o permanencia de ciertos temas.

Hay, sin duda, un acertado sentido didáctico en la manera de abordar las primeras estribaciones de un estudio crítico. Diríase que Walker Linares se siente profesor. Y esta sensación es de gran valor.

Como antecedente para delimitar el teatro de Sartre, escribe: "Su filosofía existencialista, en la cual la existencia precede a la esen-

cia, desalentadora, de difícil comprensión, tiene un carácter materialista, ateo; alrededor de ella ha habido un cierto *esnobismo*, estuvo de moda entre gentes que no la entendían”.

Las notas interpretativas, al margen del argumento de cada obra, confirman las siguientes palabras: “El teatro de Jean-Paul Sartre sobresale dentro del arte dramático contemporáneo; filosófico, intelectualista y de ideas está impregnado de teatralidad y fuerza”.

En un ensayo de esta especie no tendría valor si se limitase a ser un inventario de obras y de autores. Para salvar este peligro es necesario ir matizando el *fluir* cronológico con intuiciones críticas.

Desde antaño, los sociólogos nos han dicho que los sistemas filosóficos y las ideologías políticas y sociales dejan sentir su acción en la producción dramática. Es ésta una ley que se repite a lo largo de la historia, cada vez con los signos y matices que le son peculiares. Con frecuencia, un mismo género teatral tiene diversas significaciones según la época. Y ello es así, porque al mismo tiempo que la concepción de las obras, varía y se estiliza el campo de aspiraciones del público. Quizás por esta razón el teatro de ideas de un Francis de Curel es totalmente antagónico al de Jean-Paul Sartre. Son como el anverso y reverso de una misma situación vital.

Francisco Walker Linares ha captado lo esencial del teatro francés. Como él mismo dice en las páginas de su estudio faltan, sin duda, algunos autores, otros han sido tratados marginalmente. Pero los juicios emitidos se sustentan en un conocimiento exhaustivo del tema.

No formula conclusiones. Se limita a subrayar el vigor de una interesante manifestación estética. Ahora bien, por añadidura, nos presenta las fuertes coordenadas y las sutiles redes de un teatro que se nutre de las innúmeras solicitaciones y problemas que asedian al hombre.

Obra de sentido didáctico, escrita con dignidad literaria, convierte en fácil tema su necesario acarreo de erudición.—*Vicente Mengod.*